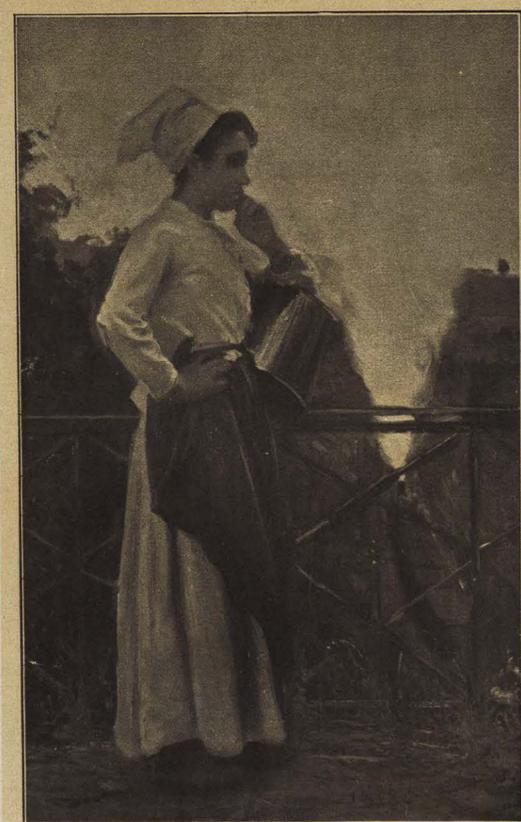
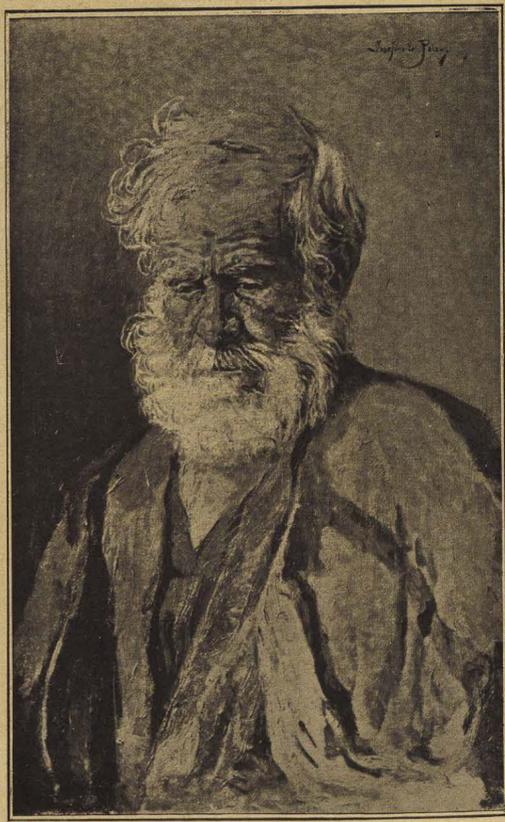




EL DESCANSO. — Cuadro de LEOPOLDO GUERRERO.



LA DESPEDIDA. — Cuadro de IGNACIO UGARTE.



UN MENDIGO. — Cuadro de JOSEFINA DE PALAU.

Fotografías de Hijos de Mateu.

† RAMON LAGIER Y POMARES

CAPITAN DEL «BUENAVENTURA»

Este nombre que para la generación moderna será acaso desconocido ó no debidamente apreciado, como tantos otros que el tiempo borraría si no se encargara de perpetuarlos la historia; este nombre es enaltecido por cuantos presenciaron ó recuerdan la tenaz y denodada lucha que tuvo feliz remate, en el año 1868, con el triunfo de las ideas liberales. El hombre que lo llevó en vida, con ser sólo un humilde capitán de la marina mercante, democrata por herencia y convencimiento, hubiera ocupado uno de los primeros puestos de la Nación, pues tenía para ello sobresalientes méritos, á no impedirlo su extremada modestia, y si esa fiera sin entrañas que llamamos política no ostentara descaradamente, entre sus muchos pecados, el de la ingratitud.

Los héroes de la Revolución de Septiembre, contaron incondicionalmente con la adhesión y el firme apoyo de Ramón Lagier, quién, sobre haberles prestado innumerables servicios, afrontando todo género de peligros, mientras fraguaban sus atrevidos planes, aceptó y realizó con una pericia y bizarría digna del mayor encomio, en el momento de lanzarse el grito revolucionario, la arriesgada comisión de recoger en Canarias, Portugal é Isla de la Madera á los generales, Duque de la Torre, Caballero de Rodas, Serrano Bedoya, López Dominguez y Nouvilas, lo propio que á los demás desterrados, y conducirlos á Cádiz en el hermoso y ligero vapor «Buena Ventura», que á la sazón mandaba. Este hecho solo, constituye una página de gloria que muchos almirantes no podrían presentar.

Pues bien, cuando tocaron á repartir el botín de tan señalada victoria, los ilustres vencedores, que calificaban de compañero al capitán Lagier y le llamaban querido amigo, á boca llena, no tuvieron á mano una recompensa proporcional á sus sacrificios, ni se acordaron siquiera de disponer se le devolviera el importe de los desembolsos por él efectuados, y que, por delicadeza se abstenía de pedir.

En cambio, cuando más tarde fué propuesto y elegido, en realidad, diputado por Alicante, su país natal, el Gobierno, de que formaban parte algunos de aquellos amigos y compañeros, le privó del acta, para dársela al candidato á quien embozadamente protegía.

Lagier, que durante su vida, llena de vicisitudes y penalidades, había aprendido á conocer el mundo, protestó tal vez en su fuero interno de tanta injusticia; pero no formuló la menor queja, limitándose á decir: «lo que me ha cabido la honra de desempeñar, conceptúolo un deber de todo buen español que, sin ninguna mira de interés personal, quiere ver á su patria libre y respetada por las naciones cultas. El premio lo tengo en la tranquilidad de mi conciencia».

De lo que el bizarro marino valía, da muestra evidente la cariñosa amistad que le profesaba el gran Castelar, quién, en más de una ocasión, le envió el primer ejemplar, húmedo todavía, del discurso sensacional que acababa de pronunciar en las Cortes; y, en mayor grado, si cabe, el hecho elocuentísimo de que el malogrado general Prim, convencido de la necesidad de poner término á la insurrección cubana, le sacara de su retiro y le enviara con nombre supuesto á Nueva York, para que allí secretamente y de acuerdo con él, procurara ajustar con Céspedes una paz honrosa; comisión que no tuvo efecto, por haberse perpetrado durante su viaje el cobarde asesinato de tan funestas consecuencias para los españoles.

No nos hemos propuesto escribir la biografía del capitán del «Buena Ventura»; necesitáramos llenar para ello, no una, sino centenares de páginas. Nuestro objeto, al trazar á vuelo pluma estas líneas, que forman el marco de su retrato, no ha sido otro que el de tributarle en el limitado espacio de que disponemos, el homenaje póstumo de admiración que en justicia le debe el país entero. Plumas mejor cortadas que la nuestra se encargaron de aquel honroso y complejo trabajo; pues tenemos á la vista un libro que por su inmenso valor recomendamos á nuestros lectores y al pueblo español, en general, impreso recientemente en Elche, donde hace cuatro años escasos falle-

ció el esclarecido patricio á que nos referimos, y en el cual su autor, don Pedro Ibarra y Ruiz, pinta con mano maestra y profusión de datos curiosísimos é interesantes, la noble, la colosal figura del modesto Lagier, que pasará á la posteridad como una de las más venerables del pasado siglo.

Sirvan de complemento á lo expuesto los siguientes párrafos sueltos del citado libro:

«De noble presencia y firme continente, su aspecto revelaba, á primera vista, su profesión: de franca mirada, hermosa frente y grandes patillas, era lo que se llama entre los pintores, un buen tipo. La expresión dura de su boca revelaba al hombre de carácter enérgico; el recto perfil de su musculosa nariz era un precioso trazo en aquella cara ancha, seria, de aspecto grave y de riquísimo color, ofreciendo ancho campo la variedad de sus matices, para que un buen colorista hubiera sacado partido de aquel hermoso modelo de nuestros hombres de mar, de esos sacerdotes de la Naturaleza, como les llamaba el bueno de don Ramón, en sus sentidas y pintorescas descripciones. Sus manos... me reconozco impotente para describirlas: en ellas estaba escrita toda su vida. Ni eran carnosas, ni finas, ni bastas, ni grandes, ni pequeñas, y sin embargo tenían de todo un poco. Cuando hablaba, su ademán era pausado, suave; entonces su mano se achicaba, se reducía. Cuando cogía la esteva y, doblado sobre el arado, conducía el par de mulas, allá en Valverde, entonces su mano se agrandaba; como cuando en horas de angustia, perdido en la inmensidad de los mares fiaría su salvación á un trozo de flotante desperdicio ó treparía por enhiestos acantilados.

» Nunca le vi usar guantes; sin embargo, su mano estrechó la de grandes personajes. Tampoco le vi llevar bastón, no obstante reunir relevantes dotes de mando, aun cuando hubo de renunciar el cargo, al empuñar la primera vara de Alicante, porque Lagier, al revés de todos los políticos, mandaba para arruinarse, y hubo de dejarlo.

» Combatido por los elementos, durante cuarenta años cruzó todos los mares en busca de un porvenir y de un trozo de pan para sus hijos. Anonadado por cruces desgracias, deshecha su familia y poco menos que arruinado, se retiró á este campo de Elche, á su querido Valverde, en donde formó una nueva familia y trabajó de labrador.

» Olvidado por los hombres de la Revolución, luchó para sacar á flote la sacrosanta urna donde yacen, y seguramente yacerán aún por muchos años, los principios democráticos de moral universal y las sanas doctrinas basadas en la eterna adoración del gran Arquitecto de la Naturaleza, por quien sentía verdadera pasión.

» Sus escritos son numerosísimos: casi todos los periódicos avanzados han publicado cartas del gran propagandista. Escribía como pensaba y pensaba como sentía, con el corazón en la mano. Su credo se define en dos palabras: progreso y moralidad. Su ideal, ver implantada en España la República, aun cuando, decía con mucha gracia, no tengamos hombres para ello. Odiaba á los tiranos, aún más que á la tiranía. Aquellos pensaba aniquilarlos educando al pueblo: ésta hubiera desaparecido al reinar la fraternidad universal. Enemigo del derramamiento de sangre, amó la revolución porque era el único medio de regenerar á un pueblo que, como el español, está tan apegado á las mantillas. Gran conocedor de nuestros políticos, fiaba poco en sus promesas y menos en sus obras, para llegar al fin propuesto: la regeneración de España. Hombre de mundo y de experiencia, entreveía nuestra caída, y político instruido y previsor, no veía otra salvación para nuestro honor que emancipar nuestras colonias, implantando un régimen de progreso ilimitado. ¡Pobres! no ha llegado á ver realizado su fatal pronóstico: los hechos han venido á confirmar lo que preveía.»

Tal fué Ramón Lagier: entre los políticos, un dechado de lealtad y conciencia; entre los ciudadanos, un modelo de honradez y caballerosidad.

Fotografía de Napoleón.



Salón Robira (Fernando VII, 50).

EN EL PUERTO (BARCELONA).

LA HERENCIA

El hijo del general Núñez-Cortés era enclenque y enfermizo. Ocho años contaba cuando murió su padre y, cediendo á las reiteradas súplicas de su madre, emprendió una carrera civil.

A los cuarenta años, le encontramos desempeñando una cátedra en ciudad sitiada, cuando algunas tropas enemigas llegan al edificio docente. La Universidad no se rinde, exclaman á una voz, profesores y alumnos. El paisanaje, desde puertas y ventanas se defiende y ataca como puede. En la calle no se ve nada, porque lo impide la densa humareda que levanta la fusilería con sus descargas cerradas. La lucha se hace feroz, horrible, allí se pelea casi cuerpo á cuerpo, brazo á brazo. Los gritos, las interjecciones fuertes y las descargas, cada vez más nutridas, aumentan en aquellos angustiosos momentos. Luego, parece que los sitiadores van á retroceder, es que han llegado algunas tropas en auxilio de los sitiados. Uno de los oficiales que acaba de llegar, cae herido, tal vez muerto. Un paisano coge la espada del pobre oficial y dice: adelante; arrojo que decide la acción en favor de los suyos.

Aquel paisano, que continuó sirviendo en el ejército, llegó á ser general también, como su padre. Le conocimos nosotros cuando estaba, más que viejo, envejecido por las heridas que recibiera en campaña; por el calor, la humedad, el frío que había sufrido aquella naturaleza ya débil. En los últimos años, apenas podía levantarse de la cama. Mas si tenía el cuerpo demacrado y los cabellos blancos, conservaba el espíritu joven y enérgico. Llamaba con frecuencia á Alfonso, único hijo que Dios le había dejado.

—A ver, Alfonso, hijo mío,—le decía,—lee en esa página,—y en aquella página se leía: El primer sitio de Zaragoza.

—Vamos á ver, Alfonso, di, ¿qué te parece de Palafox? ¿No es verdad que era un valiente? ¿Qué hubieras hecho tú en su caso? lo mismo ¿verdad?

Alfonso miraba á su padre con unos ojazos grandes, pensando: Este hombre sería capaz de hacer lo que hizo Palafox.

—Ahora vas á leer alto, que se oiga bien lo que dijo don Mariano Alvarez de Castro á los habitantes de Gerona, cuando quisieron entrar los franceses.

—Será pasado por las armas el que profiera la voz de capitular ó de rendirse,—decía Alfonso.

—Muy bien; eso tienen que saberlo de memoria todos los niños españoles. Y tú más, tú... que llevas en esas venas sangre de valientes. Ves ese uniforme que hay ahí, ¿lo ves? Huele á pólvora y á sangre, hijo mío. Lo llevó tu abuelo. ¿Verdad que tú serás como tu abuelo, como yo, como todos los de tu raza? ¿Verdad que nunca le volverás la espalda al enemigo?

Todos los días, el niño, antes de ir al colegio y después de salir, oía palabras semejantes; el general hacía leer á su hijo trozos de la historia patria, episodios militares, periódicos de táctica y milicia, etc., etc.

—Papá,—dijo el niño una mañana,—me voy al colegio. Cuando salga, te traeré una cosa que te gustará mucho. Ya verás, ya verás. Es muy bonita.

En efecto, cuando volvió, trajo una cartulina donde había dibujada una batalla que el general Núñez-Cortés describiera á su hijo en cierta ocasión. Figuraban en primer lugar dos regimientos de infantería algo distantes. Eran tropas enemigas. Detrás de ambos regimientos se veía la caballería y, en un fuerte, algunos cañones con la boca grande, muy grande.

—¿Y tú, dónde estás?—preguntó el general, sonriendo con gran satisfacción.

—Yo... yo... escucha. Yo estoy mirando desde aquí,—y señaló el fuerte de los cañones.—Si veo que nos van á ganar, antes de que se acerquen... disparo, y es claro, ganamos nosotros.

Al oír esto, el anciano general no pudo contenerse y, loco de alegría, se agitaba con violencia en la cama. Abrazaba á Alfonso con tanta fuerza, que casi no podía hablar, y así abrazado decía:

—Sí... no... puede ser otra cosa. Sí... la raza es raza siempre Núñez; sí, Núñez-Cortés, que no ha de concluir nunca. Y se quedó llorando con la cabeza apoyada en el hombro del futuro general Núñez-Cortés y Espinosa de los Monteros.

GIRALDOS ALBESA

